

Reflexiones_ Luis Francisco Esplá

[Luis Francisco Esplá, según sus palabras, no sabe lo que es] [Este texto surge de una conversación mantenida por el matador con Juan Francisco Lorenzo, Pepe Quevedo y Arturo Franco]

La fidelidad a la norma, a la regla pero, sobre todo, al rito es fundamento en el toreo. Quizás el reglamento pueda mantener sana la parte exterior, pero las esencias de éste deben su pervivencia a la tradición y los argumentos que la integran. La liturgia, como arquitectura del rito, sostiene el atalaje que da sentido al sacrificio. Nos impide despojarnos de la transcendencia de cuanto ante nosotros acontece: el espectáculo de la vida y la muerte. Sin esta consustancialidad queda banalizado el sacrificio, hasta el punto de aniquilar, con ello, los principios del espectáculo; poniendo en entredicho la muerte de un animal en un contexto público.

Dentro de esta concepción, los espacios son fundamentales. Así como sucede en el campo de la arquitectura, donde tan importante es lo que concurre en materia, como los vacíos definidos por los límites de esta, explicándonos con ello –en muchos casos– el sentido de volúmenes y formas; en el toreo los espacios son la argamasa que da contenido a cada lance, imponiendo ese criterio de coherencia que toda obra necesita. De no darse esta proporción espacio-temporal, las suertes se tornan sincopadas y episódicas. Y algo de esto está ocurriendo con el toreo moderno.

Buscando otra analogía con la arquitectura podemos establecer la mutua necesidad de impresionar, manipular o reconducir materia. La materia con la cual cuenta el toreo es la voluntad del toro; y es este –dada su singularidad– un material que cuestiona el proceso de creación. Mientras en el caso de la arquitectura el profesional parte de la inspiración, o de una idea, que luego, mediante unos procesos técnicos, termina plasmando en un material, en el caso del toro, deberemos ceder a la prioridad que le otorga su animalidad, pues es de esta indocilidad o voluntad insumisa de donde el torero irá extrayendo a sugerencias siempre de este, la consistencia *matérica* de su creación. Por tanto, es el material quien sugiere, y la acción del torero consiste en dar respuestas técnicas a esas propuestas. Si el animal te insinúa una cosa no la debes contravenir. Tienes que ir en la dirección indicada para darle forma. Es como tallar, requiere hacerlo siempre en la dirección de la veta.

Otra cuestión es cómo respondas ante esas instigaciones. Particularmente, mi forma de abordar esta cuestión podría estar a mitad de camino entre un concepto renacentista y una estética barroca. Un barroco tardío donde la profusión de boato y el regalado adorno no es en ningún caso superfluo, sino consustancial. Mi tauromaquia se ha esforzado en hacer del adorno recurso. También reconozco una veta renacentista, en cuanto a la necesidad de plegar mi toreo a un pulcro academicismo. Pero a pesar de esta pretensión invocando el clasicismo, insisto en situar al toro siempre como punto de partida y génesis de cuanto acontezca. Se impone esta especie de agradecimiento restaurándole el privilegio que nos concede con su aportación al espectáculo.

La tauromaquia, como cualquier disciplina artística, nos ofrece siempre alternativas a su gestión creadora. Y uno puede optar por el fácil objetivo de satisfacer con sus producciones la demanda de un público dócil, o indagar en sus raíces creadoras, para vivir conciliado con la verdad de cuanto genera. Yo he intentado siempre la segunda opción. Aún advirtiendo la complicación de este camino. Primero has de saber qué quieres decir y cómo deseas decirlo, y, una

Reflections_ Luis Francisco Esplá [Luis Francisco Esplá, according to his own words, doesn't know what it is] [This text comes from a conversation with Juan Francisco Lorenzo, Pepe Quevedo and Arturo Franco] Loyalty to the standards, to the rules, but especially to rituals, is basic in bullfighting. Maybe the rules can keep the external part healthy, but the survival of the essence of the latter is based on tradition and the arguments that it includes. The liturgy, as the architecture of the ritual, supports the harness that gives sense to the sacrifice. It prevents us from divesting ourselves from the importance of what is happening before our eyes: the show of life and death. Without this consubstantiality the sacrifice is trivialised to the extent of destroying the principles of the show; questioning the death of an animal in a public context.

Within this conception, spaces are fundamental. As what happens in the field of architecture, where the matter is as important as the gaps defined by the limits of the latter, giving us an explanation –in many cases– about the meaning of volumes and shapes; in bullfighting the spaces are the mortar that provides content to each move, imposing this consistency criterion required in all works. If this spatial-time proportion is not obeyed, each stage of the bullfight becomes syncopated and episodic. And to a certain extent this is happening to modern bullfighting.

Searching for another analogy with architecture we can establish the mutual need to impress, manipulate or redirect matter. The matter used in bullfighting is the will of the bull; and the latter –due to its singularity– is a material that questions the creation process. While in the case of architecture, the professional is based on inspiration, or on an idea, which then, by means of certain technical processes, ends up being expressed on a material, in the case of the bull, we must give way to the priority granted by its animality, since it is this untamableness or unsubmitive will from which the bullfighter will gradually extract, always upon suggestion of the latter, the material consistency of his/her creation. Therefore, it is the material that carries out the suggestions, and the action of the bullfighter consists in giving technical response to these proposals. If the animal hints at something we should not contravene it. You should move in the right direction to give it the appropriate shape. It is just like carving, it is always necessary to carve in the same direction as the streak.

Another issue is how to respond to these instigations. In particular, my way of approaching this matter is half way between a renaissance concept and a baroque image. A late baroque in which the profusion of ostentation and cheap ornaments are not in any case superfluous, but consubstantial. My bullfighting has made an effort to make ornaments my resource. I also admit that I have a renaissance vein, with regards to the need to my bullfighting to an immaculate academic formalism. But despite this pretension invoking classicism, I insist in always placing the bull as the starting point and genesis of everything that happens. This sort of acknowledgement is imposed to restore the privilege that it provides us with its contribution towards the show.

Bullfighting, just like any other artistic discipline, always offers alternatives to its creative management. And one can choose the easy aim of satisfying with one's productions the demand of a meek public, or investigating its creative roots, to live in harmony with the truth about what it generates. I have always chosen the second option, although I was aware of the difficulty of this way. Firstly, you have to know what you want to say and how you want to say it, and once this is clear, you have to try to get to the bottom of your creative capacities, searching for your limits, and that is terrible, because you end up finding them. And moving around the limits of this painful border involves the continuous contemplation of an abyss whose creative vertigo inevitably sucking up the artist.



Se enfrenta al toro solo, las distancias, el espacio entre ellos... Fotografía de Juan Pelegrín. He faces the bull alone, the distances, the space between them... Picture by Juan Pelegrín.

vez aclarado esto, has de tratar de llegar hasta el fondo de tus capacidades creativas, buscar tus confines; y eso no deja de ser terrible, porque terminas encontrándolos. Y moverse por los límites de esta dolorosa frontera, implica la continua contemplación de un abismo. Abismo emocional, cuyo vértigo creador acaba indefectiblemente succionando al artista.

Esa concepción íntima del toreo me ha propiciado percibir tanto el éxito como el fracaso desde un estado de serenidad inmovible. Me refiero al éxito y al fracaso ante el público, obviando en ello mi intención de no defraudar. La afición va a verte porque reconoce tu superioridad ante el hecho de la diferencia con la cual aborδας la muerte, ese es el sustrato del espectáculo. El ciudadano de a pie desea ser testigo de quien es capaz de enfrentarse a la Parca como no lo haría ningún otro ser humano. Evidentemente no puedes defraudar esta confianza.

Por todo ello, en una corrida se pueden dar cita la suma de los miedos y temores que una persona pueda experimentar en el transcurso de toda una vida: el miedo escénico, el miedo al fracaso, el miedo al dolor... Quizás por esta razón se nos tenga por especialistas en miedos. Y en parte lo somos, de hecho, hemos aprendido a convivir con ellos. Pues no pudiéndolos erradicar, (funcionan como alarmas que no debemos suprimir, pues nos mantienen alerta, pero sí es necesario mantenerlos en la proporción precisa para evitar bloqueos, tanto psíquicos, como motores), nos hemos convertido en hábiles gestores de sus nefastas energías. Se trata de crear en el espectador la apariencia de que ni miedos ni esfuerzos se dan en nuestro presupuesto escénico. Cuando manejamos sentimientos y emociones, y en este caso lo hacemos, el vehículo es importantísimo. Puedes amar a una persona y, sin decir una palabra, expresar todo ese potencial sentimental. Sin embargo, a veces, desparramado en palabrería, no llegas, estás incomunicado. De esto es de lo que se trata, o lo que yo pretendía en el toreo: crear ese contacto, establecer esa emoción a través de mi lenguaje, sin excesos, sin hacerlo obsceno. Es fundamental mostrar la aparente facilidad de lo que sabemos que requiere un tremendo esfuerzo. Es imprescindible recrear la ficción de que cualquiera podría hacerlo. Aunque todos sepan de su imposible. Antaño no se gesticulaba. Hoy, sin embargo, hay una tendencia a subrayar lo evidente, con consiguiente riesgo de convertir algo maravilloso en soez y burdo.

En cuanto a conseguir la satisfacción personal, no es fácil de lograr. Tras una faena el recuerdo de lo que no ha sido prevalece mortificándome, por encima siempre de lo culminado. Me tortura la idea de haber dejado tan sembrado algo de imperfecciones. Tal vez por ese apego al sentido de héroe homérico, que está tan presente en el toreo. De hecho fue una de las razones que me indujeron a ser torero.

En la ética homérica, al héroe no se le juzga por cuanto pretende hacer, sino por lo que consigue. El laurel es tan sólo para el ganador y quien establece la victoria posee la incontestable razón del mito. Por supuesto, siempre desde la fidelidad a la norma, respetando la regla, observando el rito. Debes quedar bajo esta supeditación que no permite atajos y es tu fundamento moral ante todo logro. Creo que eso es lo más importante.

Rozarme con la muerte, por otro lado, es probablemente la experiencia más aleccionadora del toreo, esta obligada tensión cambia hasta las raíces tu concepción vital. Te enseña a juzgar la esencia de todo. Abordar la vida sin tensiones es como rehuir su desafío, convirtiéndolo en una especie de sedación, incluso de humillación. No se pueden aceptar las cosas como vienen, hay que revelarse y vivir constantemente batiéndose. Eso es realmente vivir. Eso es lo que te permite percibir y gozar la existencia. Yo lo consigo a través del toreo.

En cualquier caso, al final de cada actuación, me quedo tan turbio, que necesito días para decantar cuanto me ha ocurrido. Me siento como si me hubieran removido los posos de un alma que sólo al amparo del campo puede clarificarse.

failure before the public, obviating my intention to not disappoint. The fans go to see you because they recognise your superiority in view of the fact of the difference with which you approach death; that is what underlies beneath the show. The average person wants to witness who is capable of facing death as no other human would. Obviously, you can not let this confidence down.

For all the latter, a bullfight can combine all the fears and dreads that a person can experience throughout his/her life: stage fright, fear of failure, fear of pain... maybe for this reason we are considered experts in fears. And we are more or less that, in fact, we have learnt to live with our fears. Since we can not eradicate them (they work as alarms that we should not get rid of, because they keep us alert, but it is necessary to maintain them in the exact proportion to avoid both psychological and physical blocks), we have become skilful managers of their disastrous energies. It is about creating in the spectator an image in which fears and efforts are not present in our stage budget. When we handle feelings and emotions, as we do in this case, the vehicle is very important. You can love someone, and without saying a word, express all that sentimental potential. However, on occasions scattered with words, you can not reach your aim, you are isolated. This is what it is all about, or what i intended in bullfighting: to create that contact, to establish that excitement by means of my language, without excesses, without making it obscene. It is basic to show the apparent ease of what we know requires a tremendous effort. It is essential to recreate the fiction that anyone could do it, even when everyone knows it is impossible. In the old days nobody gesticulated. However, nowadays there is a trend to point out the obvious matters, with the subsequent risk of turning something marvellous into something rude and coarse...

With regards to obtaining personal satisfaction, it is not easy to achieve. After a show, the memories of what has not happened always prevail above what i have achieved, mortifying me. I am tormented by the idea that i have left something full of flaws. Maybe due to that attachment to the sense of homeric hero that is so present in bullfighting. In fact, it was one of the reasons that led me to be a bullfighter.

In homeric ethics, the hero is not judged by what he intends to do, but by what he manages to do. Success is only for the victorious winner who is in possession of the indisputable truth of the myth. But of course, always based on the loyalty to the standards, respecting the rules and obeying the rituals. you must remain under this subjugation that does not allow shortcuts and is your moral foundation for any achievements. I think this is the most important matter.

On the other hand, coming so close to death is probably the most instructive experience in bullfighting; this compulsory tension even changes the roots of your conception of life. It teaches you how to judge the essence of everything. To approach life without tensions is like avoiding challenges, turning it into some kind of sedation, or even humiliation. One can not accept everything as it comes; one has to rebel and live in a continuous fight. That is what living is really about. That is what allows you to perceive and enjoy your existence. I achieve it through bullfighting.

In any case, at the end of each performance, I feel so blurry that I need a few days to assimilate what has happened to me. I feel as if the dregs of my soul had been stirred up and that it will only clarify thanks to the countryside.



La insatisfacción permanente... Fotografía de Juan Pelegrín. Permanent lack of satisfaction... Picture by Juan Pelegrín.